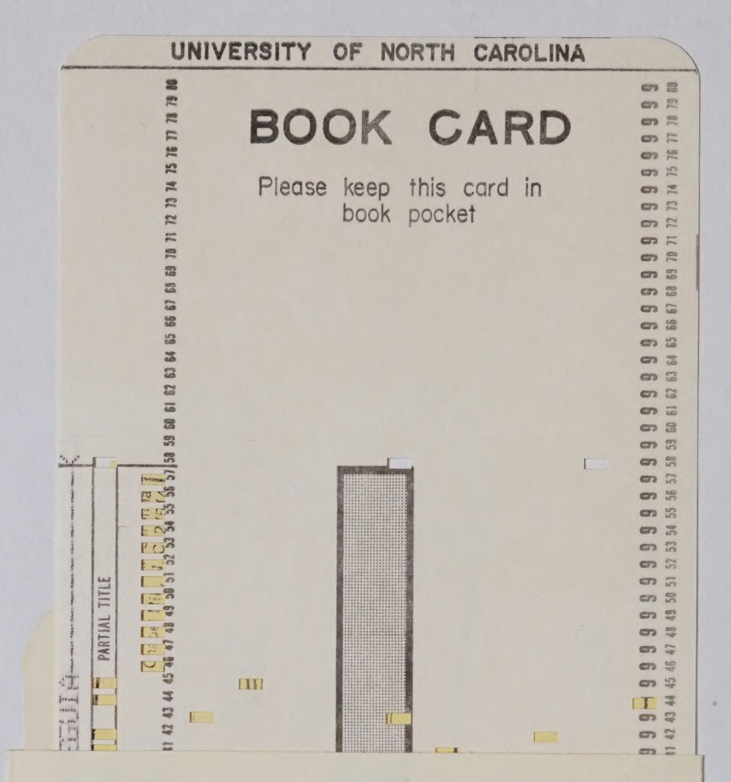
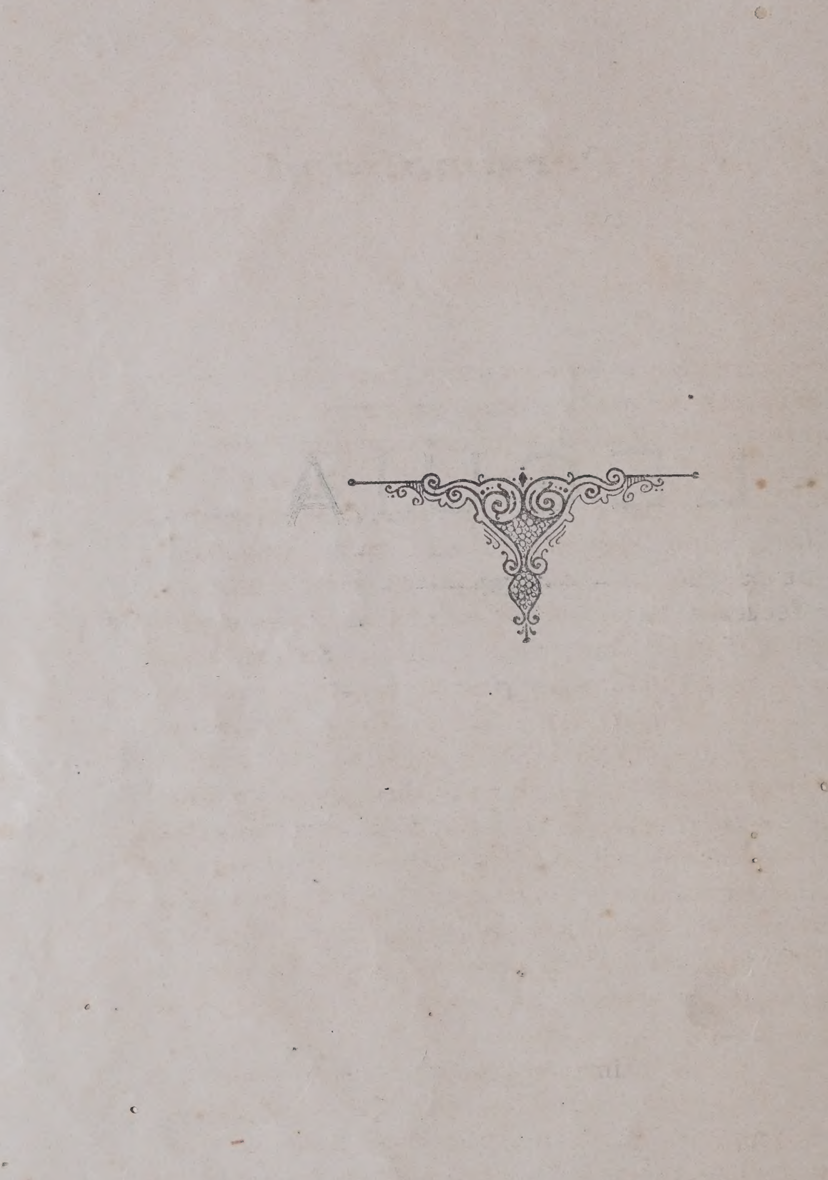

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
BOOK CARD
Please keep this card in book pocket
PARTIAL TITLE


F3448
.L 4
L 43


9 de Mayo
909—1925
LEGUIA

LEGUIA



La Personalidad

Pocos hombres eminentes, rarísimos personalidades encumbradas y ninguna figura política militante de hoy, pueden ufanarse con más digno y legitimo orgullo, que el actual Presidente del Perú, de ostentar a la faz de sus conciudadanos, descreídos de las grandes reputaciones nacionales, el prestigio de un pasado tan gallardo, la historia de una vida tan fecunda, la seducción de una ascendente perspectiva triunfal, tan firme y segura. Su existencia, que tiene la poderosa virtud atrayente y contagiosa de encender en las almas un sano optimismo, —como todas las vidas esforzadas de los grandes hombres de acción—es un bello ejemplo de voluntad tenaz, de la revelación brillante de un carácter extraordinariamente templado de luchador y hombre de ideales empinados y fuertes; que, en medio a la abulia y el indeferentismo reinante, cobra el valor y méritos insólitos de una perenne enseñanza y un vivo ejemplo de energía, de idealismo y de fé en el esfuerzo propio.

Durante las últimas etapas de nuestra vida republicana, no aparece en el escenario de la política nacional, ninguna otra personalidad tan descollante, de relieves más precisos, de rasgos más marcados, de

gestos más brillantes y dominadores, de actitudes más francas, resueltas y viriles. Es un temperamento definido en todo sus actos, dueño de una gran fé en si mismo y en los grandes destinos de su patria; que no encontrará jamás en su camino obstáculos ni trabas poderosas en las dificultades por vencer para la realización y el logro de sus nobles ideales, de sus altos y elevados propósitos de progreso.

Como todos los hombres de valía excepcional, don Augusto B. Leguía ha sido combatido rudamente, ha despertado animosidades tremendas, siendo el constante blanco de innumeros ataques virulentos de enemigos temibles, pero simultáneamente, también, ha sugerido apasionamientos arraigados, ha sabido despertar admiraciones y simpatías ferverosas y hondas, forjando partidarios exaltados de un entusiasmo desbordante hasta el verdadero fanatismo; (virtudes éstas reservadas tan sólo a los grandes espíritus). Despertar tan contagiosas y contrarias pasiones en las masas: odios agudos y simpatías férvidas, no es condición de mediocres temperamentos anodinos, como los de nuestros borrosos políticos al uso,—que solo consiguieron, en el decurso de sus gestiones administrativas, abolir la esperanza de los corazones y sembrar la indiferencia o el exceptisismo disolvente y el aburrimiento letárgico en las almas—sino de los grandes hombres, de los espíritus fuertes, de los que como nuestro insigne mandatario actual, posee un vigoroso dinamismo interior, una voluntad de acero y un ideal muy alto, muy bello y muy desinteresado.

Cada vez que ha aparecido la figura inconfusa de don Augusto B. Leguía sobre el infeliz tinglado público de nuestra política, del que estuvo apartado, más no ausente, en repetidas oportunidades,

se ha experimentado un cambio súbito, instantáneo en la vida pública del país; y a la inercia, a la pasividad, a la indiferencia acostumbradas, sucediéronse el vórtice febril de una actividad fecunda en las esferas de gobierno, la agitación y el apasionamiento entre las gentes y el sentimiento claro inconfundible de que la nación vivía plenamente y proseguía su marcha de progreso bajo la dirección experta de una mano potente.

Al recorrer la historia de su vida y de sus actos que es un perenne esfuerzo tenaz y una ininterrumpida sucesión triunfal de éxitos positivos, sorprenden la actividad y la fé de este hombre eminente, cuyo encumbramiento definitivo y consagración completa de hoy, son el resultado exclusivo de sus propias obras y sus propias virtudes personales. Panorama admirable el de esa vida de lucha y de éxitos; ascensión vertiginosa y desconcertante que tiene la verticalidad de un vuelo altísimo y es una constante superación de sí mismo y una imperiosa necesidad, siempre, creciente de seguir adelante y avanzar sin desmayo ni desalientos, cobrando nuevos ímpetus a cada obstáculo opuesto, a cada nueva traba de las que se presentan y se han de presentar en la ignorada extensión de la ruta comenzada. Personalidad hecha a triunfar la del señor Leguía, jamás, puede asegurarse sin reparos, fué vencido; ni fracasó en su intento durante el trascurso de su vida de acción. Pudo ser detenido a contender en la senda innumerables veces, más siempre vencedor en la pugna continuaba adelante con nueva fé y mayor fuerza: el señor Leguía no sabe lo que es retroceder, ignora lo que es batirse en retirada. Recorriendo las nutridas e interesantísimas páginas de su biografía se vé que siempre en todas las actividades en que

se ocupó desde sus comienzos modestos, aparece colocado en situación destacada. Si no es el primero, está muy próximo a serlo y lo será muy pronto. En la escuela, en el colegio después y más tarde en la oficina, en el alto comercio, en la Banca y el mundo financiero y en la política por último, cualquiera que sea el plano en que se encuentra, su sitio invariable está en primera fila y siempre se le vé listo a elevarse al plano que le antecede. Pero su triunfo definitivo llega cuando resuelve, al fin, intervenir en la política, destacándose en el acto con relieves inesperados ante los ojos atónitos de los viejos políticos mañosos, que no esperaban en el novel Ministro improvisado e inexperto, la adaptación tan rápida que obtuvo, la gallardía para resistir los ataques rudos de los opositores y el coraje y pronto ingenio para devolverlos superados.

¿Quién fué más rudamente acosado y puesto en trances más difíciles durante su vida pública que don Augusto B. Leguía? Pero hombre de temple y de combate, forjado en la brega pertinaz de toda una existencia, no eran motivos para arredrarle y reducirle, los ataques, las enemistades, las ambiciones, que en derredor le asediaban, sino, muy contrariamente, acicate potente y estímulo fuerte, a su acerado temperamento de luchador acostumbrado a la pugna.

La Figura

Todas las personas que han frecuentado el trato

del señor Leguía están unánimemente de acuerdo en afirmar, que la primera impresión que se experimenta en su presencia, es la de hallarse ante un hombre superior, generosamente dotado y apto para profundizar los más complicados y diversos asuntos. Posee una gran perspicacia mental, un ingenio ágil y pronto, y el supremo don político de penetrar en las almas agenas y conocer a las gentes de una sola mirada. La salud, el vigor y la frescura casi juvenil de su figura sorprende en persona como él, obligada a una labor diaria abrumadora. Proverbial es su espíritu de trabajo y laboriosidad que despliega en el desempeño cotidiano de sus funciones, que comienzan con las primeras luces del día y concluyen a altas horas de la noche.

La jovialidad de su carácter, la soltura mundana de su porte distinguido y la amenidad franca y afable de su **trato,** se traducen en una comunicativa simpatía que cautiva a quien lo escucha y que ha desarmado a muchas voluntades prevenidas y hostiles.

Así, hasta su aspecto mismo contribuye poderosamente a revelar su personalidad. Delgado, menudo de estatura, pero erguido el porte digno, en actitud enhiesta que aparenta mayor talla; agudo el perfil inconfundible, severo el rostro pálido de inequívocos rasgos, que los combates interiores respetaron sin hollar; iluminado bajo la frente amplia por los ojos dominantes, vivaces y perspícuos, y la sonrisa optimista de los grandes; voluntarioso el mentón y finos los expresivos labios; natural elegancia é innata distinción en las maneras rasgos en fin, todos los cuales, retratan a perfección la fisonomía moral del Presidente; del hombre singular que laboró, sin ayuda de nadie, su sólido prestigio mediante una vida entera de sacrificios y

de esfuerzos puestos al servicio de un patriótico ideal y que llegando por tres veces al sitial más elevado de la nación, conservó en él, inmutables, sus hábitos austeros y no conoció ni un solo instante la tregua ni el reposo, entregado voluntariamente a una actividad por si mismo impuesta; lejos de la paz y el descanso que otros buscan en la vida muelle y el blando ocio de una existencia vulgar.

Nadie ha expresado mejor la impresión que deja la persona de don Augusto B. Leguía en quienes lo contemplan, que el notable orador eclesiástico colombiano, Monseñor Carrasquilla. Dice el prelado en una de sus correspondencias enviadas desde Lima a un diario de Bogotá, refiriéndose al Presidente de la República, entre otros muchos elogios muy sinceros a sus cualidades de estadista, que: cualquier extranjero, desconocedor de la persona del Jefe del Estado que contemplara a éste despojado de las insignias del mando, en medio de un grupo de personas igualmente desconocidas, le reconocería al instante, por la sola prestancia y señorío de su talante, como al Primer Magistrado de la Nación.



LA VIDA



La Familia

Don Augusto B. Leguía — cuya interesante biografía nos hemos propuesto trazar en estas líneas, por que estamos seguros que con ello efectuamos una labor patriótica, — nació en Lambayeque el día 19 de febrero del año de 1863. Es hijo de don Nicanor Leguía y Haro y de doña Cármen Salcedo y Tafaró. La familia del señor Leguía es de orígen vasco, esa raza bravía y recia de la Iberia, que aún hoy dá a España los ejemplares más notables y de mayor valimento en todos los órdenes de la actividad peninsular y a la que se remonta quizás, a través del misterio inextricable de los entrocamientos ancestrales de la estirpe, la explicación de la contextura moral de nuestro biografiado, a la que no puede ser extraña la sangre de esa raza secular de luchadores. Su familia fué fundada en el Perú en la segunda mitad del siglo XVIII por don Eustaquio Leguía que enviado por su Magestad don Carlos III, viniera a establecer en Chiclayo el Estanco Real de Naipe, Tabacos y Papel sellado, después de haber desempeñado igual comisión en Panamá. Los hijos de éste tuvieron preponderante participación en la Independencia de Lambayeque, el 27 de Diciembre de 1820 como colaboradores del prócer Pascual Saco. Uno de ellos, don José Leguía y Melendez, dueño de la hacienda Cayaltí casó con doña Agueda Haro y Cotera, abuelos del Presidente de la República.

Fué éste, entre los hijos de don Eustaquio, quien

descollara más en aquella acción libertadora, siendo actor principal en el heróico episodio que dió por resultado la toma del cuartel de esa plaza por los patriotas lugareños.

El señor Leguía aprendió las primeras letras en su ciudad natal en la escuela que dirigía doña Rosario Gallo, pasando de allí a la "Escuela de la Patria", regentada por don Pedro Mantilla en la misma ciudad, hasta que creado el Colegio Nacional, de Lambayeque, durante la Administración del Presidente Balta, a cuyo frente puso al doctor Ricardo Saavedra; ingresó a él, estudiando durante dos años. Contaba entonces trece años de edad y habiendo demostrado singulares condiciones de capacidad y precoz inteligencia, su familia buscó un plantel más prestigioso para la prosecución de sus estudios superiores. Fué enviado al extranjero, maticulándose en el **Colegio Inglés** de Goldfinch and Blühm, en el que pemaneció tres años, regresando en octubre de 1878 a Lambayeque donde permaneció al lado de su familia durante algunos meses, hasta cumplir la edad le dieciséis años. Vino entonces a Lima en febrero de 1879, ingresando en calidad de empleado a la casa comercial de los hermanos don Enrique S. y don Carlos A. Prevost que poseían en esta capital. El escolar de meses antes, entraba yá a la vida de acción, al torbellino de la lucha inevitable en la que escalaría los más altos puestos y en la que estaba predestinado que no encontraría, jamás, un sólo instante de reposo y descanso.

El Soldado

En este mismo año, aciago para los destinos del país; el Sr. Leguía es casi una criatura que comienza a dar sus primeros pasos en la vida, cuando estalla, ante el estupor de América, la fratricida y criminal guerra que la codicia y el pauperismo de Chile provocara contra el Perú, desarmado e inerme. Guerra terrible y vandálica cuyo recuerdo perdurará grabado eternamente, hasta el instante del desquite, en todos los corazones y que habría de imprimir honda huella en el espíritu del joven patriota, que contando dieciseis años apenas, corre a enrolarse presuroso entre los primeros voluntarios, vehemente por participar en la contienda. Acuartelado en el edificio del antíguo Teatro Principal, frente al portal de San Agustín, permaneció hasta el mes de diciembre del año de 1880, recibiendo la instrucción militar que le valiera la clase de sargento segundo. Con este grado se dirigió en aquella fecha a Miraflores, donde combatió heróicamente bajo las órdenes de don Manuel Lecca, coronel de guardia nacional; y, batiéndose en el primer reducto, sitio de los valientes que convenía al hombre que iba a ocupar constantes posiciones de vanguardia en la paz laboriosa, fué presencial testigo del desastre doloroso.

El batallón al que perteneció el joven soldado, estaba constituído por comerciantes e integrado por 302 plazas correspondiéndole figurar en la 4a. compañía, bajo las inmediatas órdenes del valeroso capitán de los Heros, que se batiera en aquella ocasión

con denodado heroísmo. El batallón de comerciantes perdió mas de 100 plazas en la acción, no quedando en el campo de batalla un solo herido, por la saña del enemigo que "repasó" a los caídos. Al iniciarse la retirada general, correspondió a la 4a. compañía guardar la retirada de su batallón, cumpliendo con su difícil misión, hasta el último instante; emprendiendo después marcha hacia la capital, camino de la Magdalena. Una vez en Lima, disuelta la compañía en medio de la situación de caos y desconcierto producidos por el desastre, el futuro presidente ignorando el paradero de los miembros de su familia, desorientado y rendido, dormía aquella noche terrible en un banco de la Plaza de Armas, de la misma plaza que sería escenario, años después, de una constante manifestación de triunfo a su persona.

No era don Augusto, el único miembro de la familia Leguía que tomó parte en aquella acción de armas desastrosa, batiéronse, también en ella, don Carlos y don Nicanor hermanos del primero, quienes sentaban plaza en el batallón "Marina" de actuación destacada, al mando de su comandante Fany.

El Hombre de acción

Después de aquel desastre para las armas nacionales, el señor Leguía regresa a ocupar su puesto de la casa Prevost que a consecuencia de las anomalías producidas por la guerra vése precisado a

liquidar sus negocios para evitar así un desastre económico. Se le confía la liquidación al señor Leguía, que acompañó a sus jefes con lealtad hasta el último instante; marcha luego a Pisco a la hacienda "Caucato" en donde interviene como representante de su propietario don Manuel Montero; termina satisfactoriamente la misión encomendada a su competencia e ingresa entonces a la "New York Insurance Company". Como representante de esta poderosa firma, apesar de su corta edad, y en vista a la capacidad demostrada en sus desempeños vá enviado por ésta como su representante a la vecina república del Ecuador en delicada comisión. Actúa allí con éxito y provecho económico para los intereses de la Compañía cuyos negocios representa, que con tal motivo le encomienda la fundación de sucursales en Guayaquil y en Quito.

Fué tal la actividad desplegada por el señor Leguía en el desempeño de su cometido, que los numerosos viajes efectuados entre aquellas ciudades los hizo batiendo verdaderos **records** de tiempo, realizándolos en trascurso tan corto para las dificultades de comunicación, en ese entonces, que soprendieron justamente a los conocedores de esas regiones.

Se dirige en seguida a los Estados Unidos de Norte América en nueva comisión de la empresa a cuyas órdenes sirve, quien le ofrece la Gerencia de sus oficinas en las Repúblicas Centro Americanas. Rehusa este ofrecimiento porque prefiere vivir cerca a las actividades de su patria, interesado con sus problemas económicos, que penetra y ahonda en su afán de servir y prestar su contingente a los altos intereses vitales de aquella, gravemente comprometidos por los resultados desastrosos de la reciente contienda.

Desígnanle, entonces, la subgerencia de las oficinas del Perú, Bolivia y Ecuador. Pero como en el año de 1895, a consecuencia de la nueva legislación promulgada por el Gobierno de entonces, **destinada** a reglamentar el establecimiento de esta clase de negocios, — en razón de la quiebra de la Compañía de Seguros Masachusett, — no quisiera someterse, la "New York Life Isurance Company", a los requisitos impuestos por la nueva ley puesta en vigencia, liquida; y el señor Leguía vióse precisado a encaminarse, de nuevo, a la gran Metrópolis del Norte, a fin de presentar a la Gerencia la liquidación de las agencias que se le encomendaran. Termina su misión satisfactoriamente, como era de esperarse, marcha a Londres y celebra con la firma Locket el contrato por el que queda constituída la poderosa negociación agrícola conocida por el nombre de "British Sugar Company Limited", cuya Gerencia ejerce por numerosos años y en la que representa los intereses cuantiosos de la testamentaría Syawne de la que fué apoderado desde el año 90. En este año contrajo matrimonio con doña Julia Swayne y Mariátegui, nieta del ilustre prócer de la Independencia Nacional, don Francisco Javier Mariátegui, quien le demostró siempre singular predilección, intuición, quizá del anciano eminente sobre el futuro brillante de su nieto político.

Estableció, también, a su regreso de Inglaterra la Compañía de Seguros "La Sud-América".

La Iniciación política

Hasta la ascención al Poder de don Manuel

Candamo en 1903 el señor Leguía había permanecido completamente ageno a la vida política. Llega esta fecha y el Presidente Candamo le confía la cartera de Hacienda de su gabinete, convencido el nuevo gobernante de que, no obstante la inexperiencia de su colaborador, le sería dable desempeñar con acierto la difícil comisión, valido de su práctica en los negocios, de su competencia en ellos y de la indiscutible e ingénita ductibilidad de su talento.

Negóse éste a aceptar la cartera ofrecida, no habiendo deseado nunca intervenir en la vida política, y sólo, a los requerimientos sucesivos de don Manuel Candamo, que fuera en persona a persuadirle y a los de sus amigos, se decidió a la postre y aceptó el ministerio.

No se engañaba el Presidente Candamo en sus congeturas. A poco de haber aceptado el cargo, se revela Leguía apto como pocos para desempeñarlo, con ventaja para los intereses del país, con brillo para el grupo político dirigente y con honor para su prestigio personal. Hasta entonces el señor Leguía, si es verdad que era conocido como un destacado hombre de negocios, ignoraba por completo, o mejor dicho, nunca había tenido oportunidad de conocer las habilidades que la política requiere; sus triquiñuelas y argucias, sus malabarismos y laberínticos enredos, sin que fuera óbice para ejercerla con éxito, estos que parecen indispensables recursos que con dignísimas excepciones, han sido puestos en práctica por la mayoría de nuestros políticos.

Desde los primeros días de su ingreso al Ministerio de Hacienda, sorprende a todos con su capacidad para el manejo de la cosa pública. Es yá todo un avezado financista; es todo un gran político de vuelo que se ha orientado solo, instintívamente entre las

marejadas que lo cercan; ahora no es ya sólo el Ministro competente que puede ejercer el cargo sin peligro de caer ruidosamente; es mucho más, es el ministro de Hacienda indispensable e insustituíble. Muere Candamo a los pocos meses de comenzar su período gubernativo; verifícanse nuevas elecciones; es elegido Presidente don José Pardo, y al constituírse el nuevo gabinete, el Presidente electo reclama los servicios y la cooperación del Ministro Leguía. En el nuevo Ministerio desempeña la misma cartera, pero en esta vez, con el carácter de Presidente del Consejo de Ministros. Ya su situación es espectable El salto es considerable para tan corto lapso de tiempo trascurrido desde que figura en la escena política. Se le contempla, se le observa, se le sigue. Todas las miradas están puestas en él y llega un instante, a poco de iniciar su gestión, en que la opinión pública aletargada en la monotonía insípida producida por el interminable desfile de figurones despersonalizados y vanos y los fantoches descoloridos y atonos que fueron los eternos autores de una política sin relieve, desvalorada y falsa, abriga y cobija con celo una esperanza en un cercano porvenir mejorador.

El Político

No se pone hoy en duda que si don José Pardo, realizó entonces una política plausible y dejó un recuerdo grato de su período administrativo en una parte considerable de la opinión, fué debido exclu-

sivamente a la gestión llevada a cabo por su Ministro de Hacienda en el portafolio que se le encomendara. Allí están, como prueba tangible de este aserto, la desgraciada gestión llevada a cabo durante los cuatro años de su último período de Gobierno, que se desenvolvió sin la intervención orientadora de quien fuera el inspirador de su primer mandato. La labor que se impone como programa el Ministro, es abrumadora, reorganizaciones y reformas numerosas, proyectos y gestiones realizadas con éxito, decretos oportunos y de inmediata eficacia palpable, efectuando con tino admirable de organizador, ocuparon su tiempo en esta época; y, simultáneamente a esta actividad inusitada en las dependencias del Estado, aletargadas a menudo, tuvo que enfrentar a la más recia y temible oposición que se haya hecho a algún ministro, en los últimos tiempos. La minoría de la época, constituída por hombres eminentes, de reconocida competencia, de gran preparación y de prestigio vasto; en la que figuraban verdaderas personalidades especializadas en el ramo de las finanzas nacionales, se empeñó en una lucha resuelta y definida contra el nuevo Ministro, quien no se redujo sólo a defenderse, sinó, también, atacó con frecuencia y venció muchas veces en las tremendas y acaloradas batallas verbales que tanto apasionaron en esa época a la opinión pública. A poco de frecuentar las Cámaras y de tomar parte en sus debates, el señor Leguía se improvisaba un orador vibrante, cálido y preciso, que defendía con pasión sus proyectos y hasta lograba convertir a su causa y ganar a su favor votos y público. A cada sesión, a cada interpelación nueva se esperaba un fracaso, una caída del Ministro, que debido a su entereza y a su espíritu combativo cambiaba estos augu-

rios amargos en éxitos rotundos, saliendo al final de cada una de estas batallas repetidas, rodeado de numeroso pueblo que le aclamaba frenético, entusiasmado por su actuación vibrante. Uno de sus opositores, de los más encumbrados, don Joaquín Capelo, austero y sabio orador, aureolado por el prestigio de una vida política intachable; sin poderse contener en una de las interpelaciones, con franqueza digna del ilustre anciano, exclamó después de un discurso del señor Leguía, no obstante ser opositor de sus tendencias: "¡Al fin tenemos un Ministro de Hacienda"!

No pudo ser más fructífera su labor en el Ministerio. Elevó el Presupuesto a treinta millones de soles de catorce millones que constituían los ingresos del país en 1904. Estableció la Caja de Depósitos y Consignaciones; formó la Compañía Peruana de Vapores y Dique Flotante del Callao; creó el Estanco del Tabaco; reformó la ley de Alcoholes; estableció nuevos y ventajosos contratos con la Compañía Recaudadora de Impuestos, con la Compañía Salinera Nacional y con el Cable Central; redactó resoluciones importantes, condicionando el destino del guano, propendiendo a favorecer con ellas la agricultura del país; reformó la organización de los Almacenes de Aduana, encargando su explotación a una Compañía Anónima e inicia las reformas del Tribunal Mayor de cuentas, del Arsenal de Aforos, y de las Aduanas de la República etc. Fueron tantas, tan numerosas y variadas las obras emprendidas, que sería alargar demasiado este capítulo y salirse de los estrechos límites consentidos por la índole de este trabajo, y tarea demasiado prolija, enumerarlas todas y precisar su trascendencia. Basta decir que a su labor de esta época debe el pres-

tigio adquirido y que desde los primeros meses de su gestión era contemplado por todos como el indiscutible e indisputable sucesor necesario de don José Pardo, en el sillón presidencial. Y así fué, en las elecciones políticas verificadas el mes de mayo de 1908 el señor Leguía fué elegido, sin ninguna oposición por una abrumadora cantidad de sufragios, Presidente del Perú.

El Estadista

El 24 de Setiembre de aquel mismo año inicia su período el nuevo mandatario, en medio a una gran espectación de los partidos políticos y de la opinión pública del país.

Si en el Ministerio de Hacienda, el señor Leguía, supo mostrarse digno de su cargo y sobrepujar la confianza que en él se depositaba, revelándose notable hacendista tanto como avezado político; en la Presidencia de la República exhibió nuevas condiciones personales que convenían a la espectable posición que sus actos anteriores le habían conquistado. Mostró los cuatro años de su Gobierno que era todo un estadista de calidad, un gobernante de primer órden y un verdadero conductor de multitudes. Si agitado fué su período ministerial, el de su Presidencia asumió caracteres inusitados de turbulencia, oposición y rebeldía, pudiéndose afirmar que ha sido uno de los más difíciles que gobernante alguno haya tenido en los últimos tiempos, pero las luchas en que tuvo que malgastar un esfuerzo precioso para el bienestar de la nación en derribar obs-

táculos poderosos, descartar enemistades y campañas odiosas, no sirvieron sino para dar lineamiento superiores a su personalidad, que asumía por momentos proporciones magníficas, ante el criterio público imparcial.



EL 29 DE MAYO





Los Pretextos

Pocos meses habían trascurrido aún desde la fecha en que el señor Leguía asumió la presidencia de la república ante las espectativas vehementes del país, que esperaba un período fecundo bajo la segura dirección del hombre eminente cuya aparición en la vida pública asombró por su preparación y superiores dotes de estadista, cuando estalla, inesperado y sorpresivo, el audaz golpe de estado que encabezara don Isaías de Piérola, el 29 de mayo de 1909. Iniciado el período del señor Leguía, bajo los auspicios de un franco programa de conciliación política, propendente a la unificación de los diversos grupos y partidos opuestos; nada hacía esperar una reacción tan brusca contra un gobernante que, desde sus comienzos, demostraba la rectitud de sus propósitos y la hidalguía de su conducta, invitando a cooperar con él, en la dirección de los negocios públicos, a todos los elementos existentes y a fin de evitar la esterilización de una labor rectamente intencionada, en las inútiles luchas de partido y en las disolventes pugnas de intereses parciales.

El primer acto de su Gobierno, fué el de amnistiar a los presos por el delito político de la revolución del 1o. de Mayo que capitaneara don Augusto Durand y de abrir las puertas del país a los peruanos expatriados por idéntica causa, alentando sus trabajos electorales para que conquistaran las representaciones que quisieran otorgarles el voto de los pueblos. Prometió luego, solemnemente, hacer partícipes en la labor nacional a todos los peruanos

sin distinción de banderas ni colores políticos, y garantizar eficazmente los derechos de todos los partidos.

Para lograr aquel propósito de cuya sinceridad no podía dudarse honradamente, consiguió la bonificación de la ley electoral en la que tomaron parte representantes de los partidos de mayoría y minoría de las Cámaras; y en las elecciones verificadas en mayo de ese mismo año en que rigió la nueva ley, confeccionada tomando en consideración todos los intereses dentro de la legalidad más estricta, concurrieron todos los partidos sin excepción ninguna, luchando en las ánforas quizás por primera vez en la Historia del Perú, sin la intervención parcial de los elementos oficiales acostumbrados. Esta política de conciliación y de armonía no dió, sin embargo, los resultados esperados por el Presidente de la República y por la opinión censata del país. El Jefe del Gobierno perdió amigos y no desarmó enemigos en su intento; su pretensión de implantar una política conciliatoria y leal fué acogida con recelos por todos los partidos, la que fué bautizada, malignamente, con el apodo malicioso de **política de las ubicaciones.**

Las llamadas ubicaciones, consideradas por los enemigos del Presidente y por sus acaparadores partidarios, como una clamorosa intromisión del oficialismo en la representación nacional, según aquellos, y como una inconsecuencia o deslealtad según los últimos; era en realidad la única manera justa, equitativa y factible de conciliar intereses opuestos. Ella fué, no obstante, la principal razón invocada por los rebeldes para la realización del golpe de estado que puso en peligro la vida de don Augusto B. Leguía y que pudo cortar en sus comienzos la carre-

ra de triunfos y truncar, apenas esbozada, la obra trascendente del ilustre político.

La revolución de mayo habría de ejercer decisiva influencia inmediata sobre la persona del Presidente que adquirió desde entonces, relieve extraordinario ante la opinión pública, cautivada por su actitud heróica durante el proceso de la revolución, y en el que supo mantener altísima la dignidad de su investidura.

El Acontecimiento

Frescas están en la memoria de todos, todavía, las fuertes emociones de aquel cruento día, en que como una visión de pesadilla se sucedieron, con pasmosa rapidez, los acontecimientos más inesperados.

Apenas si han trascurrido dieciseis años escasos, lapso que es un minuto en la vida de un pueblo, y, apesar de ello, ya se ponen en duda alguno de los hechos acaecidos y muchos de los episodios tenidos por veraces; escúchanse variadísimas versiones, a menudo contrarias y se disputa con frecuencia sobre la certeza de tal o cual detalle. No existe, pues, una versión definitiva de aquel movimiento subversibo, y es explicable, porque los testigos presenciales del audaz episodio son en su mayoría actores de él y, por lo tanto, parciales e interesados; sus versiones carecen de valor documental, porque las dictan criterios apasionados de sectarios. O pertenecen al partido de los revolucionarios o al grupo de los atacados. En ambos debe suponerse cuerdamente, si no el propósito deliberado de tergiversar

la realidad en provecho de sus propias causas; por lo menos, el humano, apasionamiento natural que hace ver los sucesos modificados por los sentimientos, deformadores de la verdad. Y sería lástima que un acontecimiento tan culminante de nuestra alborotada vida republicana corra el peligro de perderse para la historia, confundido en la leyenda que ya la envuelve prematuramente y cuando aún es tiempo de establecer con certidumbre la realidad de los hechos cuyos protagonistas principales sobreviven todavía.

Para precisar las cosas y encontrarle su aspecto esencial, hay que buscar la opinión de aquellos que no fueron actores del drama; no teniendo desde luego, interés en desvirtuarlo a favor de ninguna de las partes y que sin embargo, asistieron a su emocionante desarrollo. Es menester encontrar al curioso que contempló de cerca los sucesos por el exclusivo interés novelero de presenciarlos. Es difícil, claro está, hallar a este hombre, ya que fueron muy pocos los que se atrevieron a satisfacer una curiosidad tan peligrosa y que además reuna las condiciones indispensables para dar valor a su relato, es decir: ausencia de todo interés político y personal y cultura bastante para abandonar todo prejuicio de apasionamiento y descontar la emoción natural de esos instantes. Muy pocas personas, desde luego, reunirán tales condiciones, pues fueron muy pocas las que se sumaron al grupo, por el peligro que significaba ambular en aquella compañía. No obstante tal dificultad, existe la persona que posée todas las condiciones reclamadas: joven, universitario, por esos días, el señor Roberto Lama estuvo cercano al Presidente durante toda su vía crucis de aquella memorable y sangrienta tarde de mayo. Ninguna otra

persona reune las condiciones de imparcialidad absoluta y, seguramente, a ninguna le cupo la oportunidad de presenciar tan de cerca el movimiento, ni la ocasión singular de tomar parte — en cierto modo como actor principal — en su descenlace sangriento.

Sería pues imperdonable que no aprovecháramos en las líneas del presente trabajo la narración del señor Roberto Lama, única persona, tal vez dueña de la verdad de este sensacional acontecimiento político.

El Asalto a Palacio

Todos sabemos cómo se inició el movimiento con el ataque violento y sorpresivo de Palacio por los revolucionarios demócratas. Don Isaías de Piérola, seguido de un grupo reducido en el que se encontraba D. Carlos y D. Amadeo de Piérola y los señores Tirado, Lanfranco, Llosa, Rivera y Piérola etc. penetraron, revólver en mano, por la puerta de honor cerrándola y desarmando a la guardia; mientras que simultáneamente, otro grupo dirigido por el señor Orestes Ferro, hizo lo propio por la puerta de la Intendencia, y un tercero, con don David Flores al frente, fracasaba en su intento de violentar la principal, que la guardia cerró; viéndose éste, obligado a penetrar por la Intendencia que ya estaba en poder de los facciosos. Una vez los revolucionarios en el interior de Palacio don Isaías de Piérola, seguido de algunos de sus secuaces penetró a las habitaciones particulares del primer mandatario, tomando pri-

sionero al señor Leguía que en ese momento salía sereno a indagar personalmente los hechos. Inducido a firmar la renuncia del Poder, puestos los cañones de las armas al pecho, y en medio a la emoción terrible del instante, sin saber la suerte que le esperaría y ante la visión dolorosa del cadáver todavía palpitante de su fiel ayudante, muerto en defensa de su persona, el Sr. Leguía con admirable gesto de dignidad, consciente de la obligación de mantener con honor el elevado cargo que recibiera de los pueblos, con arrogancia y gallardía supremas, se niega rotundamente a firmar. Comprende que no tiene derecho, que carece de capacidad y poder para despojarse del mando que la nación habíale confiado por voto popular, y se resuelve enérgicamente a sacrificar su vida si fuera menester antes que deshonrar la investidura presidencial. No es un particular, es el Presidente del Perú y sabrá en esos momentos quedar a la altura que el eminente cargo exige de quienes lo desempeñan. Desde ese momento está tomada su resolución firme y tenaz. Ya nada ni nadie podrá modificarla en adelante, ni los peligros numerosos, ni los vejámenes humillantes. Obligado a salir de Palacio, porque las pocas tropas fieles diezman a los revolucionarios por momentos, es conducido sin rumbo por las calles de la Ciudad, solitarias. Al salir, los asaltantes le exigen que ordene a las tropas cesar el fuego, pues su vida peligra. Son los pocos soldados que escaparon al asalto y qué, atalayados, desde el techo de Palacio disparon contra el grupo de facciosos que atraviezan la plaza, conduciendo cautivo al Presidente. Pero el señor Leguía dueño de sí, con un valor de hombre de otra era y un dominio moral que a sus mismos enemigos sorprende, grita a las tropas con voz vibrante: "cum-

plid con vuestro deber aunque yo sea víctima". Hombres capaces de tales gestos son los llamados a triunfar eternamente; desde ese momento podía asegurarse que el Jefe de Gobierno vencería: si la audacia de los revolucionarios era enorme, la actitud del Presidente estuvo a la altura de ellos; fué un combate entre hombres de igual talla; uno de un lado y del otro varios. . . . .

Si hay un gesto en los anales de las convulsiones del Perú, que haga honor a sus autores, y con ello al Perú entero, a su honra y dignidad, es sin duda la respuesta de Leguía: **¡No firmo."!**

Los revolucionarios atraviesan la Plaza de Armas en dirección al Club de la Unión, con el fin de que el Presidente renuncie en ese local; pero resuelven después llevarlo a su casa, conduciéndolo por el portal de Botoneros a la calle de Mercaderes para seguir por el girón central. ¿Cómo se llevó a cabo este desfile singular de los facciosos en las calles de Lima, hasta el desastre y la carnicería finales de la Plaza de la Inquisición; qué sucedió durante este trayecto, cuál la actitud del Presidente y la de los facciosos y qué objetivo se proponían éstos últimos? He aquí los puntos que han dado frecuente margen a inumerables versiones contradictorias y erradas, y sobre las cuales nos vamos a ocupar, copiando la narración exacta que de los acontecimientos hemos escuchado de los propios labios del señor Lama.

La Versión Imparcial

El recorrido

Dice el señor Lama:

"Casi de principio a fin me fué dable presenciar la

peregrinación callejera de los revolucionarios demócratas, conduciendo prisionero al Presidente, en la tenebrosa tarde del 29 de mayo. Fruto todo ello de mi curiosidad de mozo. Yo era universitario por entonces y me encontraba, precísamente, por los alrededores de San Marcos, en la calle del "Sance", cuando me enteré por las detonaciones repetidas y las carreras desesperadas de los transeuntes, que había estallado una revolución en la Plaza de Armas. Sin perder instante me encaminé a Belén, para subir al girón central. Ya en Belén, la ciudad daba la impresión de media noche, cuando todo está cerrado y nadie transita. Este silencio aumentó mi vehemencia de muchacho curioso y casi corriendo seguí adelante avanzando girón arriba. Detalles? Mansueto Canaval, sacudiendo desesperado el aldabón de su casa. Don Guillermo Billinghurst, Alcalde de Lima entonces, que venía a pié apesar de que su coche le seguía a pocos metros; un herido tendido en las puertas de la Botica Inglesa y varios individuos llamando insistentemente para que se le atendiese; seguí avanzando y ya en la esquina de la "Habanera" me dí con un grupo de unas veinte personas a cuya cabeza marchaba, moviéndose descaradamente, un moreno fornido que blandía un fusil en cuyo cañón, atado de un extremo, lucía un pañuelo blanco. Me acerqué al grupo y le pregunté a este sujeto lo que pasaba. El zambo, groseramente, me contestó: "no seas . . . no vés que Leguía está preso". Miré al grupo y, efectivamente, vi al Presidente a quien de vista conocía por haber seguido con gran interés su actuación como Ministro de Hacienda de Pardo. Había asistido a las interpelaciones de las Cámaras y habíame cautivado con sus polémicas brillantes. Le conocía y le admiraba. El he-

cho me sorprendió sobre manera; todo hubiera podido esperar yó, menos encontrarme con la persona del Presidente, que para mí tenía singular atractivo y simpatía, en medio a semejante compañía. Me incorporé al grupo rebelde y avancé con él. Siguió el grupo por Mercaderes y al pasar por la casa en construcción donde después inauguró Reynoso sus almacenes, uno de los sublevados, dirigiéndose a los operarios encaramados en el andamiaje les dijo: "vengan con nosotros", induciéndoles a plegarse a la facción. Los obreros absortos ante el inesperado espectáculo que se les ofrecía, permanecieron impasibles al paso de los sediciosos sin responder palabra. En Mercaderes un hombre montado en un caballo blanco — me dió la impresión de uno de esos cobradores antiguos que usaban cabalgadura — se acercó a los facciosos y con un valor temerario se atrevió a increparles su conducta, calificando su acción con frases duras. Los rebeldes lo rodearon y de no haberse puesto a salvo prontamente gracias a su caballo, hubieran dado cuenta de su vida. He olvidado por completo los rasgos fisonómicos de ese hombre valeroso. A medida que avanzávamos el grupo aumentaba; numeroso era yá el número de curiosos, que, a poco de mi llegada, ascendería a doscientas personas, poco más o menos. Durante el trayecto y con una pertinacia desesperante, el zambo del rifle volvíase donde don Isaías de Piérola que marchaba al costado del Presidente y perfilando el rifle en dirección de este último, preguntaba al primero: "niño Isaías, yá". "Nó", contestaba el cabecilla de la revolución y el negro seguía su camino para renovar momentos después incansablemente, la misma tenebrosa amenaza. En la calle de Boza, el Presidente que se mostraba sereno con voz varonil y re-

suelta, le pidió a dos Isaías de Piérola que no le exhibiera por las calles y que lo condujera a una legación o un consulado. No se escuchó la solicitud del Presidente y los amotinados doblaron por Mantequería de Boza. Algunos protestaron de que se llevara a su casa al Presidente porque se juzgaba, por la dirección seguida, que allí se iba; pero la comitiva torció por Divorciadas y continuó la marcha. Al lado del Presidente, iban su Ministro el doctor Villarán y en primer término don Carlos de Piérola que llevaba una mano vendada.

Los apresadores continuaron hasta la casa donde habitaba el doctor Augusto Durand a fin de gestionar de dicho político, que acababa de ser elegido diputado por Lima, su incorporación al movimiento. La familia de éste último manifestó que el Jefe de los Liberales se hallaba ausente y se prosiguió la marcha pesada, lenta.

No habíamos terminado de atravezar toda la calle, cuando noté que Jorge Mariátegui, entonces un muchacho, hoy mayor de ejército, y miembro de la Casa Militar del señor Leguía, y a quien no había visto antes en la comitiva, apareció cercano al grupo que formábamos; ví que el Presidente le hizo señal para que se le acercase. Así lo hizo y, entonces, aquél le habló en secreto, partiendo éste a correr acto contínuo para llenar su misión. Diéronse cuenta los facciosos. El que esto vió, guardó siempre, una gran curiosidad por saber lo que dijera el Presidente a Mariátegui y sólo ahora último se enteró preguntándole a éste, quien no tuvo reparo en expresarlo; la frase del señor Leguía fué: "Vállase donde el Comandante La Rosa Villanueva, Jefe del 7o. de Infantería acantonado en "San Lázaro" y dígale que cosa es lo que espera". Perseguido Mariá-

tegui y hecho prisionero en una carpintería de la calle de Jesús Nazareno donde se ocultara, fué enviado al edificio de "La Prensa" en calidad de detenido y aún que puesto después en libertad por orden de don Alberto Ulloa, no pudo yá cumplir su cometido por que al llegar al puente, éste se encontraba resguardado por tropas que impedían el paso.

Los disparos como las vociferaciones continuaron, produciendo un eco extraño, como los ruidos de la noche en las paredes de las calles desiertas y silenciosas. Siguiose sin incidentes por Filipinas y Coca, se dobló por Villalta hasta San Pedro, donde se escucharon algunas descargas que atemorizaron a muchos de los curiosos que se desbandaron en buen número. Doblóse por Beytia y enseguida por Zárate; todas estas calles ofrecían el mismo aspecto desolado, mostrando sus puertas herméticas. En Zárate, camino a la Plaza de la Inquisición me ocurrió un incidente bastante desagradable. El rufián Santa Cruz se abalanzó sobre mí de buenas a primeras, comprendiendo quizás que no era de los suyos; me cogió de las solapas, sacudióme y derribándome al suelo me dijo: ¿"qué haces aquí, mocoso? Pretendió enseguida disparar sobre mí, pero para mi fortuna al rastrillar el gatillo no funcionó el arma. Me incorporé y apesar de la amenaza y el mal rato que acababa de experimentar, no me despegué del grupo y seguimos avanzando. Ya en la Plaza de la Inquisición se dirigieron todos al Senado en grupo compacto y llamaron con insistentes golpes a su puerta. No contestó nadie. Se bajó entonces a la Plaza y al pié del monumento a Bolívar donde debía llegar el descenlace pronto, prosiguió el drama. Eran las escenas finales de la ardua jornada que llegaba a su término.

En la Inquisición

Valor viril

Del Senado se llevó al Presidente casi a empellones hasta el pié de la estatua. Isaías de Piérola se encaramó encima de las gradas dominando la escena. Féliz Núñez del Arco, uno de los facciosos pidió papel y tinta para redactar la renuncia del Poder exigida al Presidente. Un hombre se ofreció a traerlo. Pronto volvió con ellos y Núñez del Arco extendió la dimisión acto contínuo. El Presidente seguía con atención los rasgos que la mano temblorosa del escribiente trazaba y al contemplar que ponía la fecha le sobró ecuanimidad bastante para hacer la rectificación de ella que había sido equivocada. "No estamos a 29 de Noviembre, sinó a 29 de mayo". La serenidad que traicionaba la mano del faccioso no perturbaba la observación del Presidente!. Núñez del Arco quiso enmendar el yierro en el acto, pero trémulo, al intentarlo hizo un borrón sobre el documento. Estrujó violento el papel y lo arrojó al suelo con ademán colérico. Y mientras tanto el tiempo transcurría veloz, los minutos fugaban, perdiéndose preciosos instantes que acercaban precipitadamente el fracaso ya próximo de la intentona. Núñez del Arco redactó un nuevo documento con la fecha del día y extendió la pluma a Leguía, quien la rechazó resuelto con una sonrisa irónica en el rostro pálido. La chusma se excitaba por momentos cada vez más, insultándole airada y don Isaías de Piérola habló así: "si firma Ud. el documento yo le respondo por su vida y lo llevaré aclamándole hasta

su casa porque comprendo que apesar de que es Ud. un hombre funesto para la patria, también es Ud. padre de familia y puede hacerle falta a ella, pero si Ud. no firma va a llegar un momento en que no me va a ser posible responder por su vida. Fíjese Ud. cómo están los ánimos." Ante estas proposiciones y amenazas inquietantes el Presidente se mostraba sordo aferrado a su rotunda negativa pertinaz. En este instante Piérola, que sudaba copiosamente y mostraba el rostro arrebatado, sintió sed y pidió de beber. Un zambo, uno de esos revolucionarios que se improvisaron en el trayecto se ofreció y tras breve espera tornó con un vaso colmado que alcanzó al cabecilla de la revolución, el cual antes de beberlo lo ofreció a su prisionero. El señor Leguía rehusó secamente diciendo: "muchas gracias, no bebo". Bebió Isaías el agua de aquel vaso con gran satisfacción; el ambiente, la temperatura o quizás sólo las circunstancias creaban una sofocación, un calor y una pesadez deprimentes; los rostros de todos demostraban fatiga, un gran cansancio invadía a las gentes y las escenas se desarrollaban inusitadamente lentas o veloces, no se podría asegurar, algo de sueño vago envolvía la acción. Después de esto el cabecilla de los revolucionarios extrajo una cajetilla de cigarrillos habanos del bolsillo y tomando uno de ellos lo ofreció al Presidente antes de encenderlo. El Presidente repitió su negativa en igual tono: "muchas gracias, no fumo." Momentos después desembocaba por la esquina de la Caridad un piquete de caballería al mando de un alférez que se supo después ser el alférez Gómez. Los revoltosos al ver la tropa avanzando en dirección a la plaza supusieron o temieron que iban con el objeto de rescatar al Presidente y hubo una fuga precipitada de curiosos que

se desbandaron en todas direcciones atemorizados; pero como vieran la pacífica actitud tranquila de las tropas que avanzaban, acercándose al grupo donde estaba el Presidente, mirando desde lejos la escena que se desarrollaba en el centro de la plaza, sin parecer que tuviera interés de intervenir en los acontecimientos, en vista de esto, regresaron los fugitivos y sacando a relucir pañuelos blancos los agitaron en el aire lanzado vivas a la tropa, al ejército y a la revolución. ¡El ejército está con nosotros! exclamaban todos y renovaban sus vivas y aclamaciones. En tanto el piquete atravesó la plaza y se internó por la boca calle que dá a Juan de la Coba. Piérola seguramente convencido, también, de que el ejército le apoyaba aprovechó esta circunstancia para afirmar al Presidente su persuación. "Es inútil su resistencia por más tiempo le dijo. Ud. debe firmar porque el ejército está ya con nosotros". Leguía inmutadísimo protestó rechazando el aserto. ¡"No puede ser"! aseveró con convencimiento. Entonces Piérola le mostró el piquete que pasaba: "convénzace Ud., dijo, señalando en dirección a aquél. Leguía que se encontraba de espaldas al Senado, volvió la cara hacia ese lado y dirigiéndose al doctor Manuel Vicente Villarán, Ministro de Justicia de su Gabinete y su solo acompañante leal, exclamó: "estamos perdidos". Si, don Augusto, debe Ud. firmar; este documento carece de valor legal", contestóle éste último. Pero don Augusto B. Leguía, apesar de que parecía conjurarse todo en su contra, se mostró inflexible una vez más y se negó rotundamente por centésima vez, no cediendo, ni a las insinuaciones de Piérola, ni a los consejos de su Ministro, ni a las amenazas y vociferaciones de la multitud. Piérola sacó su reloj en este instante: era más de las cuatro.

Las hostilidades crecían por instantes. Varios individuos, los más cercanos al Presidente lo insultaban y amenazaban para obligarlo a firmar, entre los que había un negro fenomenal que, arma en mano, interrogaba a menudo a Piérola, diciéndole: "don Isaías, ya", en tanto blandía un fusil amenazador en la diestra. Piérola se afanaba por aplacar los ánimos excitados, consiguiéndolo a duras penas. Recuerdo también entre las personas presentes y afanadas en moderar a los más exaltados y proteger de las amenazas de la turba al Presidente, a don José Carlos Bernales, el coronel don Felipe Seminario y Arámburu, el doctor Fernando Gazzani y un señor Moral hermano del fotógrafo don Manuel Moral que se ocupó en sacar vistas fotográficas del suceso y que según, supe después, perdió la vida durante el ataque a los facciosos por la tropa que rescató al Presidente instantes después. Hacíale ver Piérola al Presidente con frecuencia, el estado violento de los ánimos, indicándole que debía firmar porque llegada la noche, ya próxima, no le sería dable responder por su vida. Entre las personas que rodeaban al Presidente surgió de pronto un hombre del pueblo que había permanecido hasta esa hora confundido entre ellos y que en vista de la situación angustiosa del Presidente le dijo: "Niño Augusto, por su mamita firme Ud." Era un antíguo servidor de la familia de don Augusto B. Leguía y paisano suyo, quien reconociéndolo exclamó: **"cuando veas a mi madre dile que muero cumpliendo mi deber."**



La Hecatombe
El rescate del Presidente

De pronto una descarga cerrada atronó el espacio. Fué algo inesperado y nos dejó a todos un instante petrificados; la descarga había sido dirigida directamente contra el grupo compacto que rodeaba al Presidente y a los dirigentes de la revolución y que lo constituirían unas cuatrocientas o quinientas personas; muchísimos cayeron y los demás se desgranaron en una desenfrenada carrera, tratando de salvarse; durante la fuga precipitada, nuevas descargas se sucedieron e innumerables personas se desplomaban heridas por las espaldas, en su huida, entre ellas cayó muerto Moral con siete balas en la espalda, que demuestran lo nutrido del fuego que se nos hacía; indiscutiblemente concentrado al grupo que formábamos. No hubo tiros al aire; el ataque fué premeditado y resuelto; la mayoría de los fugitivos intentaron salvarse ingresando al Senado cuyas puertas durante el trascurso de las escenas anteriores, había sido entornadas por las personas que se encontraban dentro de ese edificio, movidas tal vez por la curiosidad y el interés de presenciar los acontecimientos. Los invasores con ímpetu arrollador atropellaron a los que se encontraban interiormente y penetraron como una tromba, incontenibles, pereciendo o resultando heridos gran parte de los que se dirigieron allí. Los que consiguieron guarecerse clausuraron la entrada. La matanza en este sitio asumió proporciones fantásticas: fué una verdadera carnicería. So-

bre las columnas y la fachada del Senado, recuerdo; una gran raya de sangre las cruzaban salpicadas de materia encefálica: ese trazo sangriento fué producido por un chorro de sangre de una herida recibida en el cuello por uno de los que intentaron cobijarse allí. Sobre las gradas de la histórica casa se apilaban en hacinamiento macabro numerosos cadáveres. Y en todas direcciones de la plaza fugaban y caían abaleadas las gentes. El que esto relata, en el momento en que se inició el ataque se encontraba, precísamente, lado a lado del Presidente. Y como es natural, tuvo también el propósito instintivo de fugar al instante; pero el cuadro macabro que ante sus miradas se desorrollaba, lo contuvo. La avalancha del comienzo lo repelió casi en peso junto con la persona del Presidente ante la cual se hallaba, apartándolos unos metros del primitivo sitio que ocupaban cerca a las gradas de la estatua. En estas circunstancias y al rechazo recibido me he encontrado asido al señor Leguía y me he arrojado al suelo unido a su persona. Caí encima de él y la avalancha pasó sobre nosotros interminable. Sobre mí caía desplomado herido de muerte el moreno que momentos antes era el más enzañado en injuriar al Presidente. Fueron instantes interminables los que pasaron después. No sabría decir cuanto tiempo había trascurrido cuando ví que se llevaron al Presidente. Mientras permanecimos derribados me pareció percibir un sonido extraño producido por la fatigosa respiración del señor Leguía y temí que hubiera sido herido: creí que moría. Por lo que me esforcé librarlo de mi peso, consiguiéndolo a medias por la natural depresión física y el cadáver que tenía sobre mi espalda.

Cuando se lo llevaron, y creí que la situación se

apaciguaba, traté de avanzar cuanto fuera posible y desprenderme del peso que gravitaba sobre mí. Arrastrándome con suma dificultad porque mis condiciones físicas me impedían actuar libremente, avancé algunos metros consiguiendo al fin desembarazarme de mi trágica carga. Delante de mí un individuo tendido boca abajo, seguramente muerto, mostraba un revólver en el bolsillo posterior del pantalón. Extendí el brazo con el propósito de extraérselo pensando que me pudiera ser útil; pero sentí de pronto que el hombre se movía y me mostró su rostro colérico, contemplándome con ojos de ira. Me excusé, "perdone Ud.", le dije, "creí que estaba Ud. muerto". Seguí avanzando hasta el sardinel de la acera que está frente al Senado y me encontré colocado entre dos personas conocidas: el doctor Manuel Vicente Villarán y don Carlos de Piérola, que se hallaban también tendidos en el suelo: "Está Ud. herido" interrogó Villarán a Piérola, éste contestó, — "tengo otra herida en la mano" y le mostró en la mano izquierda una herida en la palma y otra en la muñeca". — "Y Ud. — "No sé si estaré herido". Asi dialogaron un instante los enemigos irreconciliables de segundos atrás, abandonados los rencores antes las circunstancias difíciles y en la actitud singular en que no volverían a estar quizá otra vez en su vida y en la que el descenlace inesperado de la revolución los había colocado, como un caprichoso símbolo pacifista del Destino. En estas circunstancias desembocó en la plaza el entonces coronel don Gerardo Alvarez al frente de un grupo de soldados montados, encaminándose al Senado. Al verlo el doctor Villarán se puso de pié, intentó acercársele. En este momento un soldado le apuntó con su rifle. Al ver su actitud el doctor Vi-

llarán gritó: "Yo soy el Ministro Villarán" a lo que el coronel Alvarez detuvo oportunamente el disparo, siendo acompañado por un individuo de tropa fuera de la Plaza, teatro de los sucesos relatados. Fué entonces que el que esto refiere, se puso de pié y se acercó a la puerta del Senado donde se encontraba el coronel Alvarez llamando repetidamente sin obtener respuesta. En vista de sus llamadas infructuosas ordenó a los soldados forzar la puerta con las culatas de las armas, sin avanzar en su propósito por ello. El autor de este relato insinuó a dicho jefe la conveniencia de proporcionarse una hacha de la Bomba "Roma" cercana. Hízose así. Fué entonces que el jefe en referencia ordenase a sus soldados responder a varias descargas que se hacían sobre las puertas del Senado; cuyo orígen era desconocido y que cesaron al encontrar respuesta. Se procedió enseguida a romper con las hachas las hojas de la entrada. Se hallaban empeñados en tal labor cuando el jefe en cuestión me ordenó que me retirara, haciéndome acompañar también hasta la esquina por un soldado. Dos días después, fuí llamado por el doctor Villarán, quien me condujo a presencia del Presidente de la República."

Fracaso de la Revolución

La suerte corrida al Presidente desde que fuera rescatado por las tropas del Gobierno es de todos conocida. Conducido al Estado Mayor General del Ejército y a presencia de los jefes de esa reparti-

ción, el señor Leguía tuvo frases amargas para éstos. Entonces contra la opinión de algunos de ellos que le aconsejaran permanecer allí hasta que la situación de desconcierto producida se definiese, el Presidente de la República pidió una cabalgadura y se lanzó a las calles de la ciudad seguidos de algunos jefes y soldados, recorriéndolas triunfalmente y siendo ruidosamente aclamado por las mismas gentes quizás, que momentos anteriores, pensando que se encontraba definitivamente caído, aplaudían con igual entusiasmo a sus apresadores. Después del recorrido se dirigió al Palacio de Gobierno, instalándose en el Ministerio de Guerra donde reasumió sus funciones e impartió las más apremiantes órdenes del caso y a donde fueron llegando, uno tras otro, todos sus compañeros de Gobierno que horas antes ni ellos mismos sabían en qué sitio se hallaban; y comenzó el desfile interminable y mentiroso de los eternos amigos de los triunfadores.

Tal es el cuadro pavoroso de los acontecimientos realizados el 29 de mayo de 1909 que echaron por tierra los propósitos cordiales y las rectas intenciones de armonía y conciliación política, que animaron el programa de Gobierno de don Augusto B. Leguía en su primer período. En ellos está el origen y la raíz de los actos que han dado margen y pretexto a sus enemigos políticos en sucesivas ocasiones para acusar a su gestión administrativa de imperiosa y tiránica. Los hombres que, como los políticos que ocuparon anteriormente el sillón presidencial sin verse jamás ante la realidad cruda y palpitante de una oposición, tenaz y encarnizada hasta el derramamiento de sangre y el crímen político; que no conocieron sino la adulación y el servilismo, porque no escatimaron los medios necesarios para vivir

tranquilos aunque el bienestar de la Patria sufriera, no tienen derecho de emitir opinión en casos semejantes, porque ignoran lo que ellos mismos harían puestos en ese duro trance. Desde esta fecha arranca el orígen de la popularidad y el prestigio nacionales que rodean al señor Leguía. El pueblo vió en su gesto, en su hombría, que no se había equivocado al colocar en tan seguras manos sus destinos y fué entonces que comenzó a contemplar en él con esperanzas, al hombre durante tanto tiempo esperado, al que debía venir y no llegaba y en quién el Perú pudiera esperar al fin seguro el espíritu fuerte y el puño recio que lo condujera recto hacia sus grandes y futuros destinos.





LA ACCION GUBERNATIVA

Primeros actos del Gobierno

Debelado el golpe de Estado a que nos hemos referido en el capítulo anterior, el señor Leguía tuvo que hacer frente a dos nuevas intentonas para derrocarlo. En Apurímac primero, después en Lambayeque, sofocó sucesivamente las revoluciones que se iniciaron, encabezadas por don David Samanez Ocampo, la nombrada en primer término, y por don Orestes Ferro, don Aurelio Matute y el cura Manuel Chumán ésta última.

Las oposiciones en las Cámaras y en todos los órdenes fueron poderosas y contínuas y a todas ellas se mostró el Presidente dueño de la entereza de carácter suficiente para avasallarlas. Con justicia, pues, pudo decir al entregar el mando a don Guillermo Billinghurst el año 1912 las siguientes palabras: **TENGO LA EVIDENCIA DE HABER VIGORIZADO EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD, TAN FACIL DE RELAJARSE ENTRE NOSOTROS POR LOS DEFECTOS DE NUESTRA EDUCACION POLITICA, Y ME ANIMA LA SEGURIDAD DE ENTREGAR EL PODER EN CONDICIONES MAS VENTAJOSAS PARA MANTENERLO TAL CUAL DEBE SER: INSTRUMENTO DE CONSERVACION Y DE PROGRESO."**

Sumándose a estas perturbaciones que dificultaban la acción libre del Ejecutivo en el órden interno, nubes repetidas empañaban el horizonte de nuestras relaciones diplomáticas vecinales, que por

momentos adquirieron caracteres funestos y alarmantes, y así como el señor Leguía supo encarar la álgida situación interior; la exterior también fué dominada, ambas fueron encaradas con decisión y resuelta visión clara de las circunstancias. Nadie como el señor Leguía ha sabido encarnar las aspiraciones nacionales en el órden de las relaciones exteriores, de manera tan altiva y valerosa y en forma tan erguida y gallarda para la dignidad del país. Nuestros problemas diplomáticos adquiría en sus manos rumbo firme y seguro derrotero. ¿Puede dudarse todavía por alguien de que la sugestión ejercida sobre el pueblo por nuestro mandatario se deba en su mayor parte a la claridad y estrictez de su criterio inflexible sobre la solución única que en su concepto debe existir en la resolución de nuestro problema del sur? Y al efecto, ¿no rememoramos todavía todos los peruanos con íntimo y patriótico orgullo la altivez soberana de su gesto, en épocas no lejanas, cuando el incidente ruidosísimo de la Corona obsequiada por el Gobierno chileno para honrar la memoria de los héroes, en la ceremonia de la traslación de sus restos a la Cripta destinada a guardarlos; y la ruptura de las relaciones falsas existentes con ese país enemigo? Tras este incidente vinieron otros muchos: el conflicto con el Ecuador que nos acercó al borde de la guerra; las dificultades con Bolivia sobre el Manuripe y con Colombia en el Caquetá que tuvo proporciones sangrientas; todas ellas fueron resueltas con seguridad, con firmeza y patriotismo por el Gobierno del señor Leguía, sin descuidar en su solución sus inclinaciones e ideales superiores de una elevada y trascendente confraternidad continental. Se diría que el hombre que tuvo que enfrentarse a tan difíciles problemas, numero-

sos y sucesivos, apenas habría de tener tiempo para dedicar su esfuerzo a otro órden menos inquietante de actividades y menores problemas. No fué así, muy al contrario, al par que resolvía los primeros, desarrollaba un programa nutrido que abarcaba todas las conveniencias, todas las necesidades más urgentes y premiosas y hasta las más menudas del interés público. Mejoraba la hacienda pública, conduciéndola a un grado insospechable; emprendía el trazo de caminos importantes y de ferrocarriles, como los de Lima a Huacho y Sayán, de Tumbes a Puerto Pizarro, de Yonán a Chilete, y el de Ilo a Moquegua que llegó a inaugurar; practicaba los estudios técnicos indispensables para la realización de grandes líneas proyectadas como la de Paita al río Marañón, Huancayo a Ayacucho y la del Cuzco al Madre de Dios; fortificaba el Callao y la Magdalena; construía en todas las poblaciones de importancia, cuarteles higiénicos y cómodos, adquiría elementos bélicos; construía en la Punta el edificio de la Escuela Naval; adquiría nuevas unidades de guerra, enriqueciendo nuestra Escuadra con el "Elías Aguirre", el "Palacios", el "Ferré" y el "Rodríguez", contrataba la construcción de una flotilla de sumergibles que con motivo de la guerra europea puso en manifiesto el acierto y previsión del señor Leguía, demostrada la eficiencia de esas naves en las operaciones por mar. Este contrato fue rescindido por el Gobierno posterior de don Guillermo Billinghurst. Tal a grandes rasgos los hechos principales de este Gobierno del que no nos sería posible enumerar por completo y detalladamente todos los actos progresistas que llevara a cabo con inmejorables resultados positivos.

La Expatriación

El 24 de setiembre de 1912 término de su período gubernativo abandona el Poder en manos de su sucesor señor Billinghurst. Había demostrado meses antes en las elecciones verificadas para sustituírle una imparcialidad poco frecuente, dejando paso franco a la corriente popular producida por la candidatura triunfante. Como siempre, su labor fué juzgada con el apasionamiento que siempre suscitaron sus actos y los de los hombres de talla superior. Parte de la opinión le fué favorable, y gran parte fuéle adversa. Asume el Poder Billinghurst y desde el día siguiente vémos al Presidente cesante atravesar la ciudad, dirigiéndose a sus ocupaciones normales, entregado de pleno, nuevamente a sus actividades y a su laboriosidad de épocas anteriores. El 24 de julio de 1913, ante la sorpresa general, su casa es atacada a balazos por turbas asalariadas y hostiles. El señor Leguía que está acompañado de dos o tres personas solamente, defiende en persona y revólver en mano su domicilio particular y es conducido preso a poco por el Prefecto del Departamento, que es en esta ocasión don Orestes Ferro, su prisionero de 1909. Parece que el hombre de vida tan inquieta hasta hace poco, estuviera destinado a no hallar un instante de tregua en su camino sembrado de dificultades y de amarguras eternas. Conducido al Panóptico, se le traslada a los pocos días al vecino puerto, embarcándosele en un remolcador destino a Panamá. A donde llega, es tratado con las consideraciones que corresponden a una personalidad

continental como es la suya. Se dirige a los Estados Unidos en donde recibe el homenaje de los más altos círculos y prosigue a Inglaterra, donde habrá de radicarse hasta años más tarde que llegará el momento, tras un olvido aparente, en que el país entero le llamará afanoso, para encomendarle otra vez los destinos carísimos del país, cada vez más desviado por los desatinos y las ambiciones de políticos logreros. En Inglaterra ocupa elevada y espectante posición en los círculos financieros latino-americanos; preside varias veces la Cámara de Comercio latina de la gran Metrópoli, y siempre pensando y preocupándose en los destinos de su patria, ahonda y estudia cuidadosamente los problemas de las grandes naciones con el objeto de cultivar su espíritu en las altas cuestiones complicadas, que agitan el mundo en turbulencia por la gran contienda; con el íntimo deseo de encontrar soluciones a los males que surgen en su tierra lejana, y que ha seguido paso a paso.

El conductor de multitudes

Tras de Billinghurst llega Benavides, tras de éste Pardo nuevamente, y, ya se veía llegar otro candidato del civilismo, cuando súbitamente una oleada resuelta de protestas incontenible recorre el país. Hartos están todos ya del desfile inacabable de los mismos figurones conocidos, de aquellos que durante medio siglo se repartieron como una herencia la sucesión

de los cargos prominentes del Gobierno, de los que hicieron un privilegio de casta. Entonces se piensa otra vez en el espíritu fuerte del hombre luchador, en el patriota insigne que apartado tantos años de la escena política, entregado muy lejos a sus asuntos personales aparentemente, pero siguiendo en realidad con amor y celo cuidadoso nuestras amarguras, está pronto a venir cuando llegue el momento de servir a su Patria hasta el sacrificio. Se le invoca y se le llama. Los universitarios de Lima le designan Maestro de la Juventud ante la mueca sorpresiva del civilismo doctorado, que esperaba seguro la designación de una de los suyos teorizante y doctísimo. El señor Pardo le ofrece en esta ocasión al señor Leguía la Plenipotencia en Londres para detenerlo. El Sr. Leguía desde luego rehusa y se embarca con rumbo al Perú. Tras breve estadía en New York y Panamá, donde recibe repetidos homenajes, llega al Callao el 9 de febrero de 1919. La recepción que se le hizo aquel día asumió los caracteres de una verdadera apoteosis y desde esa fecha hasta el 4 de julio, todos los elementos de valía, de prestigio y de algún significado social o político de esta Capital, fueron en sucesión interminables a dar la bienvenida al ilustre político en su domicilio de la calle de Pando, de donde fuera extraído unos años antes para expatriarlo del país. Convocadas las elecciones para nombrar sucesor del señor Pardo, el Gobierno emplea todas las intrigas y métodos conocidos para imponer un candidato de su círculo, no obstante lo cual, el candidato popular triunfa, avasalladoramente, en los comicios de toda la república. Infinitas argucias ponen en práctica los elementos dirigentes para tergiversar la elección y cuando, casi estaba seguro de haberlo conseguido, estalla salva-

dora y oportuna el incruento golpe de Estado del 4 de Julio que lleva a Palacio, triunfante, al Presidente electo don Augusto B. Leguía. Ningún golpe de Estado más justo se hallará en los anales nutridos de las revoluciones del Perú, como éste último que consagraba la voluntad nacional ratificando su veredicto contra los intentos violatorios del régimen. Había llegado el momento magno culminante para el que pudiera decirse, estaba predestinado el señor don Augusto B. Leguía. Su misión más alta y de mayor trascendencia va a comenzar. El país quiere acabar definitivamente con la oligarquía opresora de medio siglo. Se vá a realizar el anhelo supremo, el ideal abrigado por todos y que sirve de fundamento principal al programa que trae el nuevo Gobernante: **La democratización del régimen político.**

La Democratización del Régimen

Convocada la Asamblea Nacional para revisar la Carta Política caduca, el señor Leguía se encarga de emitir personalmente con toda claridad las palabras que explica el significado patriótico del movimiento que él ha sabido dirigir y encausar. Dijo: "Que la primera y más honda de las importancias del movimiento de alta significación que le había llevado al cargo de mandatario supremo, era (como hemos dicho) la **democratización del régimen político,** principalmente" y "además la industrialización del país hasta obtener el equilibrio

económico interno de todas las clases y componentes sociales; la vigorización del organismo nacional, persiguiendo la consolidación de sus elementos de defensa armadas a los que debe concederse constante atención; el restablecimiento de la respetabilidad externa del Perú mediante el prestigio que procure la obra de su progreso y de su gestión internacional resuelta y serena; el perfeccionamiento cívico en virtud de la educación de las masas sociales; el desarrollo de la instrucción pública y el imperio definitivo de la justicia, no tan sólo en las diferencias de órden jurídico sino en la satisfacción cada vez más apremiante de la armonía y cooperación sociales". Y este programa sinteticamente expuesto por el primer mandatario, fue exactamente realizado, contra la oposición de los interesados en obstaculizarlo. Intereses de todo órden intentan combatirle pero Leguía está acostumbrado a la lucha y los derrota. Lo que él ha ofrecido ha de cumplirse. En el plebiscito del año 1919 y en la Constitución reformada de ese año se consagran los principios democráticos prometidos.

Labor realizada

Intentemos dar una idea del enorme esfuerzo realizados por el régimen desde esa época: establecimiento de la indemnización forzosa por los accidentes del trabajo; fijación de las condiciones extremas de aquel en su relación con el salario; arbitraje obligatorio en los conflictos del capital y el trabajo; límite de intereses en los préstamos, pros-

cripción de monopolios; institución de defensa y previsión social por el Estado; sanidad y asistencias públicas; autonomía municipal; irrigación de la costa iniciada en las pampas del Imperial y de Olmos; Banco de Reserva del Perú destinado a equilibrar el organismo financiero Nacional en armonía con las necesidades del momento; ensayos de colonización en la montaña con resultados positivos; establecimiento de Granja Modelo en las serranías; impulso de la industria pecuaria y rural; apoyo del Estado a las iniciativas privadas o públicas y a todas las actividades que aporten algún elemento al país; creación de la conscripción vial que enlazan y vinculan las comarcas y abre un porvenir brillante con la profusión de comunicaciones que forman hasta hoy número considerable; vigorización del organismo nacional, perfeccionando la instrucción pública; establecimiento de la ley de Defensa Nacional que armara al Perú como nunca lo ha estado; elevación de la moral militar en alto grado; creación de la aviación militar y naval y establecimiento de las Escuelas Aereas en Maranga, en las Palmas y en Ancón, dotadas de todos los elementos y aparatos modernos indispensables a sus fines; contrato de personalidades mundiales para la dirección técnica de nuestras instituciones; trazo firme del rumbo de nuestra política exterior; imposición a Chile del arbitraje obligatorio en la cuestión del Sur; logro de extraordinaria cordialidad con el Ecuador, Colombia y Bolivia; consecución en condiciones negativas del éxito rotundo y triunfal del centenario; por último, la construcción en pocos días del viejo Palacio de los Virreyes destruído por el fuego en momentos de la recepción de las embajadas extranjeras; ley de empleados redimiéndolos de los abusos

a que se exponen; establecimiento de la Escuela de la Guardia Civil y Policía y tantos y tantos otros hechos numerosos e importantes siempre inspirados en las más altas y patriótica comprensión de las necesidades apremiantes del país.

Trascendencia de la Obra

¿Cómo negar después de la comprimida enumeración anterior, la trascendencia que tiene la labor de este Gobierno? Solo la malicia de elementos interesados podrían negar que el señor Leguía ha cumplido con exceso el programa y los ofrecimientos que llevara al Gobierno en su iniciación. Al terminar su período todos están convencidos de que la mejor ruta que se puede seguir es reelegir al mandatario que ha realizado en cinco años lo que no se había conseguido en un siglo de vida independiente. Fué reelegido sin oposiciones en las elecciones realizadas hace poco, hecho que fué factible merced a una oportuna y sabia reforma constitucional, que permitiera la reelección del supremo mandato, y ahí sigue hasta hoy, en el puesto supremo que el país le ha confiado, empeñado en concluir su obra fecunda y formidable, sin ejemplos en la historia del País.

Todo el organismo nacional se siente conmovido el soplo vivificante y animador de la actividad que sabe imprimirle. Su último triunfo sensacional y

rotundo ha sido el Centenario de Ayacucho que tuvo proporciones de explendor y de magnificencia deslumbrante, dando al Perú en el extranjero prestigio y resonancia no previstas. No añadiremos más, ni proseguiremos detallando todos los actos y resultados obtenidos por Leguía en su labor. Sólo diremos, para concluír, que se necesita ser miope o mezquino, envidioso o malvado, para negar y no ver que una fuerza propulsora, poderosa, recorre en todo sentido el territorio nacional, imprimiéndole una inquietud febril inesperada que anuncian y auguran que algo, muy grande y trascendental se está gestando en el país para un futuro muy cercano.



Talleres Tipográficos de la Penitenciaría

